



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

Domingo, 15 de diciembre de 2019

Multimedia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este tercer domingo de Adviento, llamado el “domingo de la alegría”, la Palabra de Dios nos invita, por una parte, a la *alegría* y, por otra, a la conciencia de que la existencia incluye también momentos de *duda*, en los que es difícil creer. La *alegría* y la *duda* son experiencias que forman parte de nuestras vidas.

A la invitación explícita a la alegría del profeta Isaías: «Que el desierto y el sequedal se alegren, regocíjese la estepa y la florezca como flor» (35, 1), se contrapone en el Evangelio la duda de Juan el Bautista: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» (*Mateo* 11, 3). De hecho, el profeta ve más allá de la situación, tiene ante sí gente desanimada: manos débiles, rodillas vacilantes, corazones intranquilos (cf. *Isaías* 35, 3-4). Es la misma realidad que siempre pone a prueba la fe. Pero el hombre de Dios mira más allá, porque el Espíritu Santo hace que su corazón sienta el poder de su promesa y anuncia la salvación: «¡Ánimo, no temáis! Mirad que vuestro Dios viene, [...] os salvará» (v. 4). Y entonces todo se transforma: el desierto florece, el consuelo y la alegría se apoderan de los perdidos, los cojos, los ciegos, los mudos se curan (cf. vv. 5-6). Esto es lo que sucede con Jesús: «los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva» (*Mateo* 11, 5).

Esta descripción nos muestra que la salvación envuelve al hombre entero y lo regenera. Pero este nuevo nacimiento, con la alegría que lo acompaña, presupone siempre una muerte para

nosotros mismos y para el pecado que está dentro de nosotros. De ahí la llamada a la conversión, que es la base de la predicación tanto del Bautista como de Jesús; en particular, se trata de convertir la idea que tenemos de Dios. Y el tiempo de Adviento nos estimula a hacerlo precisamente con la pregunta que Juan el Bautista le hace a Jesús: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» (*Mateo* 11, 3). Pensemos: toda su vida Juan esperó al Mesías; su estilo de vida, su cuerpo mismo, está moldeado por esta espera. Por eso también Jesús lo alaba con estas palabras: «no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista» (*Mateo* 11, 11). Sin embargo, él también tuvo que convertirse a Jesús. Como Juan, también nosotros estamos llamados a reconocer el rostro que Dios eligió asumir en Jesucristo, humilde y misericordioso.

El Adviento es un tiempo de gracia. Nos dice que no basta con creer en Dios: es necesario purificar nuestra fe cada día. Se trata de prepararnos para acoger no a un personaje de cuento de hadas, sino al Dios que nos llama, que nos implica y ante el que se impone una elección. El Niño que yace en el pesebre tiene el rostro de nuestros hermanos más necesitados, de los pobres, que «son los privilegiados de este misterio y, a menudo, aquellos que son más capaces de reconocer la presencia de Dios en medio de nosotros» (Carta Apostólica *Admirabile signum*, 6).

Que la Virgen María nos ayude para que, al acercarnos a la Navidad, no nos dejemos distraer por las cosas externas, sino que hagamos espacio en nuestros corazones a Aquél que ya ha venido y quiere volver a venir para curar nuestras enfermedades y darnos su alegría.

Después del Ángelus

¡Queridos hermanos y hermanas!

Os saludo a todos vosotros, familias, grupos parroquiales y asociaciones, que habéis venido de Roma, de Italia y de muchas partes del mundo. En particular, saludo a los peregrinos de Corea, de Valencia y al grupo de Rotzo (Vicenza).

Os saludo, queridos muchachos, que habéis venido con las figuras del Niño Jesús para vuestro belén. ¡Levantad las figuras! Las bendigo de corazón. «El belén, en efecto, es como un Evangelio vivo [...]. La contemplación de la escena de la Navidad, nos invita a ponernos espiritualmente en camino, atraídos por la humildad de Aquel que se ha hecho hombre para encontrar a cada hombre. Y descubrimos que Él nos ama hasta el punto de unirse a nosotros, para que también nosotros podamos unirnos a Él» (cf. Carta apostólica *Admirabile signum*, 1).

En menos de un año, del 13 al 20 de septiembre de 2020, se celebrará en Budapest el 52º

Congreso Eucarístico Internacional. Desde hace más de un siglo, los Congresos Eucarísticos nos recuerdan que la Eucaristía está en el centro de la vida de la Iglesia. El tema del próximo Congreso será «Todas mis fuentes están en ti» (*Salmo 87, 7*). Oremos para que el «acontecimiento eucarístico de Budapest fomente procesos de renovación en las comunidades cristianas» (*Discurso a la plenaria del Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos Internacionales*, 10 de noviembre de 2018).

Y os deseo a todos un feliz domingo y una feliz Novena de Navidad. Vosotros, muchachos, llevad las figuras del Niño Jesús al belén y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Os deseo un buen almuerzo y hasta pronto.